

939

Alfredo Franco Guachalla

**POBREZA Y ATRASO SON LOS  
TERMINOS SIMPLS DE LA  
ECUACION LATINOAMERICANA**

\*

**LO QUE DIJE A  
LOS UNIVERSITARIOS  
NORTEAMERICANOS**

FB  
0.003 5  
F 825 p

[2]

La Paz - Bolivia  
1963

01244

Alfredo Franco Guachalla

F 10  
350.0035  
F 825 p.

UNIVERSIDAD BOLIVIANA  
UNIVERSIDAD MAYOR DE SAN ANDRÉS  
BIBLIOTECA CENTRAL  
La Paz - Bolivia

**POBREZA Y ATRASO SON LOS  
TERMINOS SIMPLES DE LA  
ECUACION LATINOAMERICANA**

**LO QUE DIJE A  
LOS UNIVERSITARIOS  
NORTEAMERICANOS**

La Paz - Bolivia

1963

# POBREZA Y ATRASO SON LOS TERMINOS SIMPLES DE LA ECUACION LATINOAMERICANA

Texto del discurso pronunciado por el  
Ministro de Trabajo y Seguridad Social de  
Bolivia, en la Primera Conferencia Inter-  
americana de Ministros de Trabajo sobre  
"Alianza para el Progreso", celebrada en Bo-  
gotá, Colombia, del 5 al 11 de mayo de 1963.

ANEXO

W. Paul

(863)

En América Latina tienen lugar significativas alteraciones que afectan su forma de vida, su estructura económica y sus hábitos culturales y políticos. Estos fenómenos hacen pensar en la profundidad de un cambio histórico que no puede ser desconocido por más tiempo y ante el cual deben definirse pueblos y gobiernos. América Latina es un Continente en movimiento. El equilibrio de las instituciones es precario y en varios casos ha sido alterado. Como consecuencia directa de este inquietante conjunto de problemas, están en estudio o realización diversos programas de desarrollo económico y social los que, por si mismos, nos revelan la certidumbre cada vez más extendida respecto de que el único camino posible que aguarda a nuestros pueblos, si desean efectivamente defender su bienestar, sus tradiciones democráticas y su derecho a vivir en un mundo de paz, es el desarrollo armónico de la economía.

Esta conferencia interamericana debatirá temas conexos con el desarrollo. Esto es importante porque hay cierta propensión a desentenderse de las derivaciones sociales, con lo que eventualmente se daría lugar a prácticas o actitudes anti-sociales en la aplicación de los proyectos y programas.

Tanto las circunstancias presentes en la vida americana como los temas a debatirse abonan la importancia de esta asamblea que, todos esperamos, habrá de ejercer una prolongada y saludable influencia en nuestros gobiernos e instituciones.

La mayor parte de nuestras naciones pueden expresar su atraso económico por la pobreza, y la persistencia y extensión de esta última por el atraso económico. Atraso y pobreza y pobreza y atraso son los elementos simples de la ecuación latinoamericana.

Nunca se ha tenido idea más clara sobre nuestra realidad que la que tenemos ahora. Economistas, técnicos, estadistas, dirigentes obreros y aún filósofos debaten apasionadamente el problema del subdesarrollo. Se trata del destino de dos tercios de la humanidad: está en juego la suerte del mayor número de naciones, aquellas que son llamadas "proletarias" por algunos autores. Si en nuestro tiempo es forzoso hablar de revolución, el apelativo deberá ser referido precisamente a la revolución de las naciones y los pueblos subdesarrollados. El escenario del Siglo XX tiene en su centro ese violento acontecer, en el que los pueblos atrasados están desempeñando el primer papel en pertinaz pugna con la historia, para recuperar el tiempo perdido.

### *FE EN EL PORVENIR*

Las personas que tienen predilección por el conocimiento de la Historia, creo que tendrán una razonable seguridad al confiar en que la humanidad se encuentra en los umbrales de una nueva era que habrá de ser venturosa y pacífica, pese a los peligros y coyunturas internacionales frecuentemente tensas; la razón humana y todos los atributos espirituales que confieren dignidad al hombre rechazan otra alternativa. Creemos firmemente que los avances tecnológicos, el sistema productivo de las naciones altamente desarrolladas y la capacidad cultural del hombre de hoy, habrán de colocarse gradualmente al servicio del esfuerzo común destinado a eliminar la pobreza, la incultura, las enfermedades y el subconsumo, que son las causas primarias de los conflictos humanos y de muchas situaciones de tirantéz entre las naciones.

Todo el mundo comprende que la seguridad internacional y el porvenir mismo de las grandes potencias, están irremediablemente ligados al destino de las naciones subdesarrolladas.

## CONSIDERACIONES PRACTICAS Y NO SENTIMEN- TALISMO

La mentalidad con que se encaran los negocios internacionales parece también obedecer a consideraciones prácticas relacionadas con esta trascendental cuestión; así tenemos que la cooperación entre las naciones está siendo comprendida como fruto de necesidades mutuas entre cooperados y cooperadores, y no como resultado de consideraciones sentimentales sobre política internacional.

Reiterando una vez más: el problema número uno de la actual situación mundial es el destino de esa gran porción de la humanidad que padece frío, hambre y enfermedades. La actitud de las grandes potencias podría ser resumida en función de este mismo problema en términos sencillos: aquella o aquellas potencias que encuentren la fórmula más práctica para vencer al subdesarrollo, pronto y con un sacrificio menor, habrán ganado en la actual competencia entre occidente y oriente.

### HERENCIA Y DESASTROSO PASIVO

El pueblo boliviano heredó del pasado un desastroso pasivo: una minería semiagotada, una agricultura primitiva y una industria ligera vacilante. Desde antiguo nuestro país ha sido conocido por su atraso y sus dos millones y medio de hombres mantenidos en el más asfixiante analfabetismo. Fuimos conocidos por nuestra mano de obra barata; campesinos expulsados de la tierra demandando míseros salarios en las minas. Se nos recuerda por la gran altitud en la que debe realizarse el trabajo minero y por nuestros difíciles caminos de montaña. También se nos reconoce por la leyenda: Potosí y su fabulosa entraña de plata.

### FRENTE A LA ADVERSIDAD

Pero los pueblos forjan su destino frente a la adversidad. Tenemos un territorio desigual y desvinculado, nuestras vías de comunicación se construyeron para transportar

minerales hasta los puertos del Pacífico. La mayor concentración demográfica se produce en la región andina —la más pobre agropecuariamente— y todos los problemas tienden a agravarse por nuestro embotellamiento mediterráneo. La economía rural se mantuvo hasta la Reforma Agraria —1953— en los marcos semi-feudales de la Colonia: los campesinos vivieron como siervos y su trabajo gratuito impidió indirectamente la mecanización de la agricultura. La economía minera, desarrollada hasta la hipertrofia, se convirtió en una rémora: primero la plata y luego cincuenta años de explotación estañífera no dejaron más que miseria y atraso. El 70% de la exportación minera estaba en manos de tres grandes empresarios. Esta poderosa oligarquía plutocrática no fue capaz de crear una generación de industriales, agricultores y hombres de negocios; generadora de paradojas, nos convirtió, pese a nuestra pobreza, en exportadores de capitales. La cruel alternativa impuesta por la economía minera a Bolivia, fue la de exportar o morir.

### EL PAIS DE LA CONTRADICCION

Fuimos el país de la contradicción: hasta 1952 coexistieron siervos y oligarcas; el contrapunto de las grandes ganancias mineras lo constituyeron los salarios de 35 centavos de dólar. Eramos el segundo productor de estaño; el 80% de las divisas provenía de esta industria, pero ella no absorbía más que el 3% de la mano de obra. Una inteligente escritora norteamericana, resumiendo sus impresiones sobre Bolivia, dijo que éramos una nación descalza que zapateaba orgullosa sobre su riqueza.

Es lógico suponer que esta situación no podía durar más tiempo. El cambio se precipitó en 1952 concretándose en la nacionalización de las tres grandes factorías mineras, la Reforma Agraria, la Reforma Educativa, el Voto Universal y otras medidas destinadas a dignificar a los bolivianos.

No hay revoluciones ordenadas ni éllas se ajustan a proyectos acabados de desarrollo. Los años que siguieron a 1952 enseñan los riesgos que sobrevienen cuando un pueblo dueño ya de su destino, no tiene los medios materiales para colmar

de inmediato sus aspiraciones largo tiempo contenidas. Las justificadas demandas de los trabajadores para mejorar sus salarios, se tradujeron en poco tiempo en una peligrosa inflación. La moneda se desvalorizó, subieron los precios y la estructura financiera del Estado atravesó momentos difíciles. ¡Pero latía una nueva y hasta entonces desconocida energía social en el pueblo boliviano!

En Bolivia es posible que los problemas presenten facetas más complejas que en otras naciones de América Latina, pues estamos realizando nuestra revolución dentro de cauces democráticos. Una revolución supone desajustes sociales que tienden a ser neutralizados o suprimidos con el empleo de la violencia. En mi país, en cambio, la reforma agraria ha sido una de las más pacíficas: la nacionalización de las minas, respondiendo a un profundo movimiento social, hubo de concretarse en actos jurídicos que respetaron derechos.

### *EL DIFÍCIL CAMINO DE LA REVOLUCIÓN PACÍFICA*

¡Pero cuán difícil es realizar una revolución sin que su trágico telón de fondo sea el paredón y sin que los pelotones de fusilamiento sean los instrumentos del nuevo poder!

El camino de una revolución pacífica es más largo y está sembrado de obstáculos, pues es evidente que con ella se pierde tiempo, dinero y prestigio político, pero hay algo que se salva: la dignidad del hombre, su derecho a vivir sin temor, a expresar libremente su opinión. Creo que esto hemos logrado los bolivianos y es nuestra mejor contribución al robustecimiento de las causas populares y democráticas de América.

Nuestra experiencia tiene el valor de señalar errores y aciertos. Realizamos avances interesantes. Hay actualmente más de 20 cooperativas mineras con nueve mil trabajadores, que anualmente venden minerales por más de 4 millones de dólares; trabajan en parajes de reserva pobre, abandonados por la entidad minera estatal.

En lo referente a las cooperativas agropecuarias e industriales el desarrollo es más lento. Se han organizado al-



gunas en el oriente del país y su número de socios se amplía constantemente.

En materia social el movimiento cooperativista es un avance real, que podría dar un salto definitivo si el Estado y otros organismos de financiamiento impulsasen su desarrollo mediante una sistemática acción crediticia.

## VIVIENDA

Otra experiencia que debe destacarse es la relativa a los Comités de Vivienda. Hasta el momento existen 7. Estos organismos están constituidos por un representante estatal y por representantes patronales y obreros, en paridad. Se financian con un aporte patronal y con determinado porcentaje de recargo sobre el costo de los productos de la empresa. Adjudican lotes de terreno, construyen y entregan viviendas, fomentan la autoconstrucción, empleando el esfuerzo propio y la ayuda mutua.

Por este nuevo sistema se han construido 2.353 viviendas y están en trabajo otras 1.800; se han adjudicado, además, 10.000 lotes de terreno, a trabajadores de diferentes sectores de la producción.

Como parte del mismo fenómeno surgen otras formas de cooperación popular a los programas nacionales de desarrollo. Los campesinos han realizado en muchas oportunidades obras menores de riego, han construido defensivos y se esfuerzan por preservar sus tierras de la erosión.

## MIGRACION

La migración interna y la colonización, a cargo de la entidad estatal denominada Corporación Boliviana de Fomento, acusa resultados satisfactorios. Combinados la colonización espontánea y la dirigida, se estima que más de 15.000 familias que antes vivieran en precarias condiciones en la zona andina se han establecido ahora en las regiones subtropicales del oriente boliviano.

Finalmente, reflejo de la nueva mentalidad boliviana es el Plan Decenal de Desarrollo preparado por la Junta Nacio-

nal de Planeamiento, que es el resultado del esfuerzo de diversos mecanismos del Gobierno y el asesoramiento de CEPAL, Naciones Unidas, OIT, FAO y el Consejo Técnico de la Misión de Operaciones de los Estados Unidos en Bolivia.

### *ANTICIPANDONOS AL PRESIDENTE KENNEDY*

Es realmente satisfactorio constatar que con ese plan mi Gobierno se anticipó a las previsiones del Presidente Kennedy, quien estimó correctamente que estos esfuerzos de planificación nacional habrían de "constituir el propio corazón de la Alianza para el Progreso". El Plan define de manera integral las proporciones y el sentido del esfuerzo que deberá realizarse para romper el estancamiento, incrementar la productividad, crear nuevas oportunidades de empleo, mejorar el nivel de vida de la población y establecer condiciones nuevas para el desarrollo basado en recursos propios. Sus objetivos son concretos e implican alcanzar una tasa del 7% acumulativo del crecimiento anual, y elevar el ingreso per cápita de 96 a 167 dólares a fines del decenio. Con su aplicación total se alcanzaría como mínimo indispensable: 2.400 calorías y 65 gramos de proteínas, contra 1.800 y 52, respectivamente, que se consumen hoy; 9 metros anuales de tela por persona, en lugar de 4,4; 0.85 pares de calzado, en lugar de 0,61; 2 dólares de productos farmacéuticos, en vez de 1 dólar. Se preve la construcción de viviendas, escuelas y otros servicios sociales y se busca la migración masiva del grueso de la población altiplánica a nuevas áreas más productivas. Todo ello influirá sobre las causas de fondo que determinan la inestabilidad social.

Como puede verse hay una perfecta relación entre el contenido social del Plan y su contenido económico. Los factores que intervienen en su realización —iniciativa privada, Estado y esfuerzo colectivo— están balanceados.

Si para realizar un esfuerzo de tan largo aliento no es posible confiar exclusivamente en la iniciativa privada, por la naturaleza misma de nuestras economías, tampoco los pueblos de América pueden estar de acuerdo en convertir al Estado en el monstruoso aparato que devora vidas, energía

y destinos, en nombre de la expansión económica que al fin y al cabo no es más que un medio para lograr el bienestar humano. La política totalitaria se diferencia de la democrática porque para élla los medios pesan más que los fines.

### EL ERROR TRAGICO

Uno de los errores más trágicos de la historia contemporánea constituye admitir, *sine qua non*, que la construcción de la economía sólo puede realizarse por métodos dictatoriales. Es verdad que un planismo rígidamente impuesto produce resultados rápidos, pero a un precio demasiado elevado. Los sindicatos de América Latina poseen una fuerte personalidad moral, política y social para dar un salto en la escala y naturaleza de sus funciones, de tal modo que los métodos dictatoriales son absolutamente innecesarios; hasta ahora, en la mayor parte de los países, son instrumentos de los cuales se valen los trabajadores para defender sus intereses, y creo que es indispensable que sin perder esta condición pasen a ser, además, órganos promotores del desarrollo económico. La responsabilidad social del movimiento obrero se habrá elevado así para el bien de todos. Hay experiencias mundiales desalentadoras que debemos evitar: en unos casos se ha dado preferencia a las industrias básicas, sacrificando las de consumo; en otros, se ha forzado la organización colectivista de la tierra contra la voluntad de los campesinos y en todos los casos, en las relaciones entre trabajador y Estado, han sido substituidos los procedimientos democráticos por los dictatoriales. Todo ello se alimenta y justifica con una sedicente filosofía, según la cual los sindicatos no tienen otra función, modesta y subalterna, que la de ser apéndices del Estado. Deseamos que sean organismos plenamente libres y que su adhesión a los proyectos preparados por el Estado, para el desarrollo económico, sea absolutamente espontánea. Que no sea el Estado el que deba empujar a los sindicatos al desarrollo, sino que sean éstos los que a través de una acción organizada presionen sobre todo el aparato del Estado, para hacerlo marchar más ágil y efi-

cientemente por el camino de la construcción económica y social.

El desarrollo puede ser logrado de esta manera en condiciones más humanas y democráticas. Es posible alcanzar un crecimiento armónico, progresivo e independiente de las economías nacionales sin recurrir a la dictadura. En realidad, todo depende del lugar en el que se sitúe a los trabajadores dentro de los planes de expansión económica. Cuanto mayor sea el conocimiento que ellos posean, tanto mejor. Cuanto mayores sean sus oportunidades de discutir los programas, de formar comisiones mixtas de trabajo y de efectuar campañas, será mucho mejor. Los bolivianos estamos persuadidos que no habrá desarrollo sin su gran motor, que es el pueblo. No creemos que el esfuerzo pueda ser realizado únicamente por el Estado, aunque éste se encuentre bien equipado y preparado por organismos técnicos con recursos suficientes; si tal fuera el caso siempre sería preferible la vía democrática, es decir la participación masiva del pueblo en la construcción económica. Los técnicos constituyen el cerebro de la misma, pero es el pueblo el que pone el corazón. En resumen, señalaremos que la experiencia boliviana de la última década nos ha enseñado que el desarrollo será posible solamente cuando se organice la concurrencia de tres factores fundamentales: iniciativa privada, Estado y sindicato. De estos tres factores, el que define la esencia democrática es precisamente el factor sindical.

### NUESTROS SINDICATOS

En mi país los sindicatos están dispuestos a incorporarse al gran esfuerzo nacional. Todo lo que hace falta es disponer de mayores recursos; éstos servirían para dar el paso decisivo en el camino del desarrollo, con el que los trabajadores al saberse constructores de su propio país refirmarían su serena confianza en los principios democráticos y en la independencia nacional.

## INICIATIVAS PRESENTADAS. NO HAY DESARROLLO SIN LOS TRABAJADORES

Permítaseme ahora presentar algunas iniciativas referentes a las formas de participación obrera en los programas nacionales de desarrollo:

a) Creo que en toda América Latina los bajos niveles productivos constituyen uno de los más graves problemas. Equipos industriales anticuados, insuficiente racionalización de la mano de obra, despilfarro, cargas sociales que aumentan los costos de producción, son algunas de las causas que motivan esa baja productividad. Hay que suponer que mientras no la superemos, habrá un invisible pero inexorable tope que impedirá mejorar las condiciones de vida de las masas trabajadoras. La elevación de los índices de productividad no significa necesariamente crear desempleo tecnológico. De momento es suficiente emplear el mismo equipo industrial haciéndolo rendir en condiciones mejores; evitando el despilfarro y, sobre todo, racionalizando el empleo de la mano de obra. En síntesis: la participación de los sindicatos debe asumir una de sus más destacadas expresiones en el esfuerzo encaminado a abaratar los costos de producción. El mejor procedimiento para concretar este propósito sería la organización de comités mixtos de empresa.

b) El concurso de los trabajadores en programas de vivienda, pequeñas obras sanitarias, viales y otras de beneficio público, es imprescindible para lograr no solamente una base popular, sino que es cuestión vital para la realización de la obra y de los programas de desarrollo. Vivimos una época, en tales condiciones, que se torna imposible realizar todo con los magros recursos del Estado o con los más pequeños aún de la empresa privada.

c) En cuanto a colonización y recolonización se refiere, también es posible la intervención de los trabajadores a través de comités con los que se organizaría y estimularía la participación de obreros y empleados cesantes, en los programas correspondientes.

d) Pero es posiblemente en las áreas rurales donde el esfuerzo de al comunidad sea más efectivo y más fácilmente

organizado. No hay región agraria en América Latina donde no deba levantarse una escuela, un dispensario de salud; donde no sea indispensable construir obras de regadío. Si el Estado pudiese cooperar con los campesinos proporcionándoles herramientas, material de trabajo o asesoramiento técnico, serían eliminados muchos factores que conspiran contra el mejoramiento de las condiciones de vida de los trabajadores.

Varias son, en fin, las formas de participación de los trabajadores en el desarrollo económico. Lo que importa es que los hombres de gobierno y los técnicos desechen los procedimientos burocráticos, sean más audaces y tengan absoluta confianza en la capacidad creadora del trabajador.

### DE LA MINERÍA A LA METALURGIA

Se viene reiterando la necesidad de establecer ciertas condiciones institucionales y psicológicas que favorezcan la expansión económica. Cuando se anunció la Alianza para el Progreso, se remarcó como condición básica la necesidad de introducir reformas estructurales en los países de América Latina. En Bolivia, con los cambios operados en los últimos tiempos, hemos creado una coyuntura favorable que permitirá que la cooperación extranjera dé frutos realmente positivos. A este respecto deseo formular algunas reflexiones: los problemas del desarrollo, en cierto tipo de países, generalmente pueden resumirse en un nombre y para Bolivia ese nombre es "minería". Somos uno de los países mineros más antiguos de América, pero nuestra desgracia es que después de medio milenio de explotación minera seguimos atados a la fase extractiva de esta industria. Es pues lógico que nos propongamos pasar de la minería a la metalurgia, beneficiando, fundiendo y transformando nuestros minerales. Es igualmente necesario que comprendamos cuáles son las necesidades fundamentales de un pueblo que busca su desarrollo económico y social. Permítaseme citar al señor Nerhu que definía para su país el sentido del desarrollo en una certera frase: "si queréis que la India se industrialice y progrese debéis industrializarla realmente y no perder el tiempo con fabri-

quitas que preparen aceite para el cabello y cosas similares. Debéis ir a la raíz y base sobre la que se construya una India industrial. Por lo tanto, lo que cuenta es la industria pesada". En otros términos, en los programas de cooperación internacional tan importantes como Alianza para el Progreso, deben ser expresados más fuertemente los intereses nacionales de los pueblos a través de la incorporación de proyectos fundamentales que galvanicen la energía popular y movilicen la iniciativa privada. Es deseable, desde todo punto de vista, que Alianza para el Progreso tenga mayor consistencia programática en el orden de sus realizaciones prácticas y más profundidad en sus propósitos, con lo cual habrá adquirido una influencia positiva. Ya se han formulado observaciones sobre los procedimientos operativos de la cooperación internacional. Lo dicho hasta ahora debe ser reiterado: es necesario que haya menos papeleo, menos trámite, más agilidad en la supervisión y aprobación de los programas, más flexibilidad en los mecanismos bancarios.

### *DE LA IMPACIENCIA A LA DECEPCION*

Como Ministro de Trabajo he tenido la oportunidad de concurrir a varias reuniones sindicales en mi país y, las veces que se han considerado cuestiones relativas a Alianza para el Progreso, he advertido no sin alarma que los brotes de impaciencia vienen convirtiéndose en decepción. Los pueblos al emprender programas de cooperación internacional corren el riesgo de sufrir algunas decepciones, pues no todos los planes humanos son perfectos; pero sería muy grave llegar a la frustración, que tendría consecuencias catastróficas para el continente. Un dirigente democrático de la América Central, ganado tal vez por el pesimismo, dijo que Alianza para el Progreso había llegado con diez años de retraso. Probablemente este punto de vista sea históricamente cierto, pero los factores que deciden una batalla son de diversa naturaleza y no todo depende del tiempo. En las condiciones actuales, lo que importa es dinamizar la aplicación de Alianza para el Progreso.

## LA PREGUNTA DEL MINISTRO GUMUCIO

La Delegación boliviana en Punta del Este por intermedio del Ministro de Economía don Alfonso Gumucio, comentando las responsabilidades emergentes del anuncio de un programa de la magnitud de Alianza para el Progreso, refiriéndose al señor Kennedy preguntó: "¿Comprenden el Presidente y sus colaboradores que las expectativas abiertas en América han creado ahora una inevitable carrera con el tiempo?" Pienso que la pregunta podría ser generalizada a todos los gobiernos americanos, emplazados como han sido a resolver problemas estructurales y a mejorar la situación social de sus pueblos. La responsabilidad es ciertamente grave y no quisiera pensar que ante ellos se presenta una de las últimas oportunidades para desenvolver democráticamente sus economías. Debe lograrse a cualquier precio la concurrencia de dos elementos fundamentales, que hagan posible la aplicación en vasta escala de la cooperación internacional: la aceleración de las reformas económicas y sociales en cada país e, igualmente, la aceleración de los mecanismos de Alianza para el Progreso y su descentralización.

La Carta de Punta del Este establece prioridades en favor de los países menos desarrollados. Este criterio que no es solamente económico busca suprimir los grandes desniveles sociales, las peligrosas diferencias. Será importante que dicho postulado sea debidamente llevado a la práctica y que los organismos financiadores formen mayor conciencia en torno a su significación económica y social.

Si bien es cierto que los pueblos y gobiernos latinoamericanos se esfuerzan por adecuarse a la cooperación extranjera, creando ciertas condiciones para posibilitarla, es igualmente cierto que Alianza para el Progreso reforzando los conceptos de filosofía social que la inspiran, debe sensibilizarse para "captar" e interpretar la posición de cada país en particular.



*POR DECRETO NO SE ELIMINA EL HAMBRE. LAS  
OLIGARQUIAS LATINOAMERICANAS.*

No se puede olvidar a quienes creen que la situación de desventaja social y penuria económica en los pueblos subdesarrollados, podría remediarse milagrosamente con la adopción de uno u otro sistema económico. Esta es una de las más deplorables mixtificaciones de nuestro tiempo. Lo cierto es que hay países subdesarrollados tanto en el mundo occidental como en el oriental y que la organización de la economía por decreto no elimina el hambre, ni la enfermedad ni la miseria. La arriesgada pero grandiosa tarea que aguarda a los latinoamericanos es la de probar si serán capaces de construir un mundo nuevo, sin recurrir a la violencia y al empleo de prácticas ajenas a la cultura y sensibilidad de nuestros pueblos y si serán capaces de vencer los obstáculos que cierran el camino del progreso poniéndose a tono con la historia. Es una prueba vital en la que los latinoamericanos comprometemos nuestro destino y la democracia norteamericana arriesga su futuro. Ningún país puede hacer tanto por América Latina, ni tiene tanta obligación de hacerlo, como los Estados Unidos. Ya es tiempo que las oligarquías latinoamericanas mediten sobre el porvenir inmediato. Su presencia ha sido la causa primera para todas las frustraciones de América y su actual política insensible y egoísta puede ser el último empujón para precipitarnos en un desastroso caos social.

En esta hora de esperanza e incertidumbre está naciendo en nuestros pueblos una nueva convicción: la gran tarea que le aguarda a América, la tarea de eliminar de su seno la pobreza, el atraso y la opresión, solamente podrá ser cumplida si se combinan esfuerzos materiales y morales, comprendiendo que en la historia lo que no se quiso hacer hoy tal vez no se pueda hacer mañana.

**LO QUE DIJE A  
LOS UNIVERSITARIOS  
NORTEAMERICANOS**

Mesa Redonda dictada en el  
Instituto de Estudios Latinoamericanos de  
la Universidad de Columbia, el 23 de  
mayo de 1963.



Deseo decir lo que mi país y su pueblo significan; decirles qué es Bolivia; qué somos los bolivianos. Me hago cargo de las dificultades implícitas en mi propósito, porque para hablar de un pueblo hay que conocer su historia, el medio geográfico que habita y encontrar alguna sustancia espiritual que lo fisonomice. Si nos hablan de Italia recordaremos la belleza de su paisaje, las viejas ruinas de la Roma del César y todo aquello que inmortaliza el Latium. Y si al hombre de nuestros días le hablan de los Estados Unidos de América, por asociación inmediata recordará rasca-cielos, el legendario Hollywood, el chewing-gum, a demócratas y republicanos. Y Bolivia tal vez recuerde dos cosas: estaño y huelgas obreras. Pero, mucho más hay que decir, porque mucho más se debiera conocer. Nuestro país, enclavado en el corazón de la América del Sud es una síntesis violenta y dramática de todo lo que posee América: montañas de más de 7,000 metros de altura, inmensos llanos surcados de anchurosos ríos, mesetas inhóspitas donde llueve muy rara vez, regiones tropicales en las que la precipitación pluvial es tan alta como la que hay en ciertas regiones de la India. En el país hay de todo: minerales, productos agrícolas de zonas templadas y de zonas tropicales; hay maderas finas, frutas de diversas clases y todo cuanto el hombre requiere de la naturaleza para vivir normalmente. Con la imaginación que tenemos los bolivianos, un ilustre escritor del siglo pasado escribió un ensayo verdaderamente curioso. Lo intituló "La lengua de Adán" y en él trató de probar que el aymará fue la lengua de estos nobles abuelos de la progenie humana y que el paraíso terrenal estaba situado en un

bello pueblecito arrebuñado en el regazo de los inmensos Andes llamado Sorata. A Emeterio Villamil de Rada la naturaleza le daba la razón porque Sorata, con sus jardines de rosas silvestres, la fragancia de su ambiente de montaña suavizada por una naturaleza que contra toda lógica tiene la pretensión de ser tropical, podía haber sido la cuna de esta nueva y maravillosa especie animal que andando el tiempo, entre otros apelativos, se autotituló orgullosamente "homo sapiens".

Pero no se crea que el paisaje boliviano es todo amabilidad. Parece que la naturaleza con extraña coquetería, hubiese querido animarnos en nuestra dura lucha diaria con alguna que otra sonrisa amable. Pues la realidad es la que nos enseña el minero boliviano trabajando a 5,000 metros de altura en una atmósfera enrarecida y con mil seiscientos calorías al día; es la que nace de la abnegada existencia del campesino aymara que arranca su sustento trabajando en tierras erosionadas, viviendo en chozas azotadas por los gélidos vientos de la montaña; es la que surge al otro lado del país, en el oriente, donde no hay ya montañas y el hombre debe luchar a brazo partido contra un medio en el que mientras él duerme la selva crece.

La existencia de esa parte de América donde vivimos 4 millones de bolivianos parece haber sido creada para poner a prueba la capacidad del hombre, para pulsar su resistencia, para medir su obstinación, para demostrar, en fin, que el pensamiento, padre de todo progreso humano, puede ser capaz de superar tanta dificultad, tanta paradoja, tanta contradicción.

Y hablando de paradojas, nosotros los bolivianos constituimos la más curiosa paradoja. Esa tremenda geografía se halla cuarteada por arrogantes montañas. El camino y la vía ferroviaria son los símbolos de la terca determinación de los bolivianos de vencer sobre el medio físico. Los incas fueron grandes constructores de caminos y la tradición abierta por ellos necesita mantenerse en el presente. Tenemos demasiadas materias primas que podrían ser exportadas si hubiesen más caminos. Sería posible igualmente desplazar parte de la población que vive en las regiones pobres

de la meseta andina, hacia aquellos ricos llanos orientales que tienen la capacidad necesaria para dar el sustento a 30 millones de hombres. Si la comunicación moderna quebra-se la montaña, nuestros mineros tendrían la fruta fresca de los trópicos o podrían cambiar de actividad por la agricultura tropical. Nuestros ferrocarriles fueron creados para transportar minerales y sirvieron para desarrollar solamente una pequeña parte del país. Aún así una tonelada de mineral transportada a lo largo de 500 kilómetros del altiplano a la costa sobre el Pacífico, cuesta tanto como el flete marítimo de Arica al Japón.

Prosigamos con las paradojas. En el corazón del país se encuentra el nudo hidráulico más importante de la América del Sur. Utilizando las aguas de esos grandes ríos podríamos abastecer con energía eléctrica a todos los países vecinos, sin embargo en las mismas zonas las fábricas y la población civil carecen actualmente de energía necesaria para desenvolverse en condiciones normales. Somos uno de los países productores de estaño en el mundo, pero debemos importar estaño laminado de Inglaterra o Norteamérica para abastecer las necesidades del consumo interno porque en el país desarrollamos simplemente la fase extractiva de esta industria.

Expuse ya que la dieta de un boliviano es de mil seiscientas calorías. Niños de nuestra región andina nunca o muy rara vez consumen productos lácteos. La mortalidad infantil es muy alta. Y sin embargo, tenemos áreas en las que podríamos organizar una ganadería tan importante como la Argentina y producir la más completa variedad de alimentos.

Y podríamos continuar mencionando paradojas y más paradojas. Margarita Alexander Marsh la inteligente escritora norteamericana, autora de "Nuestros Banqueros en Bolivia", que visitó nuestro país hace 30 años, resumiendo sus impresiones dijo de Bolivia que era "una nación descalza que zapateaba orgullosa sobre su riqueza".

Me doy cuenta que en el curso de esta exposición voy empleando con frecuencia los términos "tenemos" y "podríamos". En efecto tenemos los recursos naturales nece-

sarios para vivir con uno de los niveles de vida más altos de América, pero eso depende de muchos factores; especialmente de los recursos técnicos y económicos que podamos conseguir y de si somos capaces de organizarnos nacionalmente para emprender la ejecución de estas grandes y difíciles tareas.

Las soluciones que requieren los pueblos para su vida no siempre pueden lograrse con la rapidez necesaria cuando existen intereses individuales poderosos como para cruzarse en el camino de ese pueblo. Esto es lo que nos pasó a los bolivianos. No nos vencieron las montañas de 7,000 metros de altura ni las tierras pobres y erosionadas, ni un habitat a veces amargo para el hombre. Fuimos temporalmente vencidos por un hombrecito rústico y activo, nacido en una aldea cochabambina y que se llamó Don Simón I. Patiño. Este activo y perspicaz minero edificó una de las fortunas más grandes del mundo, una de las diez mayores según la revista norteamericana "Fortune". Durante 40 años estuvo el país en su puño. Los presidentes bolivianos se nombraban o se destituían desde la gerencia de la Casa Patiño situada allende los mares. Era acucioso e inteligente. A los intelectuales y jóvenes más capaces del país los enmudecía con buenos empleos. Nada podía hacerse en Bolivia si tenía alguna relación con sus vastos intereses. Pero no solamente los bolivianos ingresamos en el mecanismo económico de Patiño, también lo hicieron malayos, indonesios, ingleses, holandeses y aún norteamericanos. El señor Patiño productor, vendía al señor Patiño transportador y éste se desplazaba hasta el señor Patiño comprador y fundidor. Era un monopolio horizontal y vertical cuyos intereses coincidían con los de otras dos grandes empresas, igualmente dedicadas a la explotación de minerales, una de Mauricio Hochschild y la otra de Carlos Víctor Aramayo.

Estos hombres, amasaron sus inmensas fortunas en tiempo relativamente breve, pero sus increíbles ganancias eran el resultado de ciertas condiciones que ofrecía solamente Bolivia. Entre ellas, la mano de obra barata, un sistema impositivo preparado por ellos mismos y al servicio de sus intereses, y ciertas circunstancias que permitían bur-

lar el control del Estado sobre la cantidad y la calidad de sus exportaciones.

El señor Patiño no era justamente un capitalista de mentalidad moderna, como tampoco lo fueron las otras dos figuras de la gran minería. Eran más bien una mezcla de conquistadores españoles y de piratas. Se dieron cuenta que el éxito económico de sus empresas radicaba en mantener la pobreza y el atraso de la nación y ello implicaba pagar salarios de hambre a miembros de las aldeas campesinas que a manera de cinturón rodeaban las minas y en las que, aymaras y quechuas, desgranaban sus oscuros días de siervos oprimidos y negociados por el hacendado feudal. Los "barones del estaño" comprendieron que mientras el país fuese solamente su factoría económica no habrían industriales ni agricultores ni una vasta clase media que les disputase el poder. Ellos solos serían los dueños de ese inmenso país con más de un millón de kilómetros cuadrados y cuatro millones de seres humanos. El señor Aramayo, un tanto inclinado a las especulaciones intelectuales, nos dio la receta: "Bolivia, dijo, debe ser un campamento minero".

Y en efecto, lo fuimos desde que los españoles llegaron a América. Ellos explotaron las entrañas de plata del fabuloso Potosí con la que, dice la leyenda, pudo haberse construido un puente de América a España. Naturalmente, la riqueza no viene sola, para obtenerla tuvieron que matar 8 millones de indios, tomados a la fuerza y engrilletados en las profundidades de las minas. Patiño, Hochschild y Aramayo hicieron su fortuna, hoy toda ella, radicada en el extranjero. Bancos, grandes hoteles, otras minas, acciones ferroviarias y navieras y todo cuanto se puede comprar en las bolsas de valores de Nueva York, París o Londres. La riqueza tampoco vino sola. Miles de trabajadores tuberculosos, campamentos miserables, salarios de hambre, masacres obreras, tiñeron de sangre el significado de las palabras estaño, gran minería, Patiño, Hochschild, Aramayo.

He aquí, la mayor paradoja de Bolivia: pese a nuestra pobreza nos convertimos en exportadores de capitales.

No importaba que 300, 400 o 600 millones de dólares salidos del país, se radicaran en el extranjero, ya que nues-

tro indio seguía trabajando con su rústico arado de madera, transportando sus productos sobre llamas y alumbrándose con grasa animal.

Qué importaba que las minas tuviesen abundante energía eléctrica, modernísimos equipos y trabajasen con la técnica más moderna, si el país seguía viviendo con tres siglos de atraso.

Hemos sido un pueblo paciente y sobrio. Tenemos la abnegada resistencia del indio de las montañas. Un presidente dijo de nosotros que se podían sembrar nabos sobre nuestras espaldas.

Una vez, allá por 1930, le explicaron al Presidente Salamanca la necesidad de limitar el poder de la gran minería. Y él respondió que estaba de acuerdo y preguntó: ¿Pero quién le pone el cascabel al gato?

La paciencia humana tiene un límite y en 1952 se alcanzó ese límite. Tres siglos de injusticias rugieron desencadenados clamando justicia. El indio boliviano, aquél de quien dijo un europeo que era la bestia de carga más barata, poniéndose de pie proclamó su derecho.

Un partido joven, conducido por intelectuales y dirigentes obreros que habían abierto los ojos ante la tragedia boliviana, fue el catalizador del cambio. El M.N.R. nacido después de la guerra del Chaco fue reuniendo en su seno aquella parte de la sociedad boliviana en cuyas espaldas no se podían sembrar nabos. Fue al nacionalismo revolucionario que le correspondió poner el cascabel de la historia.

La tarea no fue sencilla ni la lucha ha cesado. Tal vez si no hayamos dado más que los primeros pasos.

La guerra del Chaco librada de 1932 a 1935 y que fuera caricaturizada por un diario europeo de la época en forma de dos hombrecitos peleando sobre un depósito de petróleo, costó a bolivianos y paraguayos más de cien mil vidas y tanto dinero que con él habrían podido construir caminos y ferrocarriles. Ha sido el conflicto bélico más grande de América. En una de sus batallas, la de Nanawa, se trabaron en lucha cerca de 20.000 hombres que en la primera hora del combate habían sufrido un crecido número de bajas. Estas son las estupideces de la historia; pueblos pobres dis-



putándose sangrientamente una riqueza que no podían explotar, pueblos hermanos obligados a matarse por trusts extranjeros incapaces de comprender la diferencia de valores entre la vida de un hombre y los intereses de una empresa.

Pero el Chaco tuvo la virtud de enseñar con punzante claridad las taras que se habían ido formando a lo largo del tiempo en el organismo nacional y que debían ser eliminadas si se pretendía organizar su nueva vida. La guerra del Chaco, llamada la guerra de la sed, marcó el principio del fin de la oligarquía boliviana, aunque tuvimos que luchar 20 años hasta producir el cambio. Su culminación probó la incapacidad de un régimen, la ineptitud de sus gobernantes, la inmoralidad de sus capas dirigentes y, sobre todo, el país descubrió sus realidades, un feudalismo incongruente, la debilidad de su economía y una situación social anacrónica. En el Chaco ciertamente no hubo vencedores, pero si alguien mordió el polvo de la derrota ante la historia fue la oligarquía boliviana expulsada 20 años más tarde por los que habían sido soldados u oficiales en la contienda armada.

Allí surgieron las primeras corrientes nacionalistas que adquirieron coherencia ideológica y orgánica. La lucha en la que se empeñaron fue dura y tuvo alternativas dramáticas. Destierros, apresamientos, represiones anti-obreras y el empleo del aparato de fuerza de la oligarquía para sofocar el movimiento popular, fueron algunos de los recursos inútilmente ensayados en la esperanza de mantener un estado de cosas condenado por la historia.

La revolución se produjo en 1952. Participó en ella todo el pueblo. El primer paso que se dio fue la nacionalización de las tres grandes empresas mineras; luego, la reforma agraria, con ella se entregaron las tierras a los campesinos reparándose así la usurpación de que habían sido víctimas; se decretó el derecho de todos los bolivianos a elegir y ser elegidos mediante el voto universal, independientemente de su posición social, económica o racial. También se procedió a la reforma educacional con la que se busca llevar la cultura a las grandes masas del pueblo y a combatir el analfabetismo. Estas y otras medidas estaban destina-

das a restablecer la dignidad de los bolivianos y convertir al país en una nación moderna, libre y democrática.

La revolución boliviana ha sido pacífica, hasta donde las condiciones del subdesarrollo lo permiten. Una transformación históricamente profunda supone desajustes sociales que tienden a ser suprimidos con el empleo de la violencia. En mi país, la reforma agraria ha sido ciertamente pacífica y la agitación social en el campo no ha llegado a expresarse en violentos y vastos choques armados. La nacionalización de las minas se concretó en actos jurídicos que respetaron derechos. No obstante lo mucho que ganaron los tres grandes empresarios mineros y lo que deben al Estado, fueron indemnizados.

Pero cuán difícil es realizar una revolución sin que los pelotones de fusilamiento constituyan el sombrío contrapunto en la consolidación del nuevo poder. En mi país la lucha política en esta década ha sido pujante y ardorosa. La oposición ha atacado y contra-atacado una y otra vez, han habido intentos golpistas y otras tentativas destinadas a detener el proceso renovador. Pero los 11 años transcurridos han producido resultados profundos. Hasta la oposición ahora comprende que la historia es irreversible y que son tentativas inútiles aquellas que pretenderían por ejemplo expulsar a los campesinos de la tierra, desnacionalizar las minas o suprimir el voto universal. En efecto, yo me pregunto: ¿cómo se podrían destruir las escuelas levantadas por los mismos campesinos que son el 40% de todas las escuelas que han sido construidas en el país? ¿Cómo se podría convencer al campesino libre de hoy, para que vuelva a ser el pongo o el esclavo de ayer, el que trabajaba gratuitamente para el patrón o hacendado?

El campesino de hoy tiene mejores ingresos, porque aprovecha el fruto de su trabajo, esto, naturalmente, no quiere decir que todos sus problemas estén resueltos. Pero cuando puede comprar una bicicleta, una máquina de coser, un pequeño receptor a transistores, material escolar para sus hijos y si su temperamento lírico lo impulsa, un acordeón o una guitarra. ¿Cómo convencer a este hombre libre que tiene sindicato, que vota en las elecciones

políticas y se siente dueño de su país, que reacmita de buena gana al feudal ocioso que lo explotaba y a las autoridades políticas que lo oprimían?

Una revolución que se conduce con métodos democráticos se diferencia de la que se apoya en la dictadura y la violencia, porque utiliza la persuasión en lugar de la imposición. El camino es más largo y está sembrado de obstáculos. Los hombres de gobierno deben tener mayor sensibilidad, más paciencia y un íntimo y sincero respeto por su pueblo. . . y todo ello no es fácil de lograr. Es evidente que con una revolución pacífica, se pierde dinero, tiempo y hasta prestigio político, pero hay algo que se salva: la dignidad del hombre, su derecho a vivir sin temor a expresar libremente su opinión. Creo sinceramente que esto hemos logrado los bolivianos y es nuestra mejor contribución al robustecimiento de las causas populares y democráticas de América.

Nuestra experiencia tiene el valor de señalar errores y aciertos. Hemos avanzado en el camino de las soluciones sociales, y podemos comprobar que ya no hay hombres oprimidos en Bolivia. Los sindicatos, los partidos de oposición y cuantos organismos que han nacido últimamente, se desenvuelven libremente. La oposición desde la prensa, el parlamento y las tribunas universitarias actúa, igualmente, con plena libertad.

En el campo del desarrollo, también se han producido algunos avances significativos. Se han incorporado a la producción tierras nuevas en el oriente boliviano, las que actualmente rinden una producción anual de más de 20 millones de dólares. Por fin, el hombre de la montaña empieza a colonizar las grandes áreas orientales.

La industria y la minería privadas, después de haber pasado por las duras circunstancias de la estabilización monetaria, empiezan a fortalecerse y su expansión ulterior se producirá rápidamente si el Estado encuentra la forma de ayudarlas con créditos a largo plazo.

Pero, desde el punto de vista de los niveles productivos generales, seguimos siendo el país pobre de hace mu-

chos años. Ahora la lucha se libra en función del desarrollo.

Reflejo de la nueva mentalidad boliviana es la elaboración de un plan orgánico que por primera vez se ha preparado en Bolivia para encarar las tareas del desarrollo por mecanismos del gobierno, con el asesoramiento de expertos extranjeros. Es realmente satisfactorio constatar que con ese plan, mi gobierno se anticipó a las previsiones del Presidente Kennedy quien estimó justamente que los esfuerzos nacionales para romper el estancamiento de la economía, habrían de constituir el corazón de la Alianza para el Progreso. Con el mencionado plan, los bolivianos nos proponemos dar nuestra batalla contra la pobreza. Sus metas son concretas, no ambiciosas pero no muy fáciles de alcanzar. Queremos incrementar la productividad, crear nuevas oportunidades de empleo (cerca de 40.000 nuevos jóvenes necesitan empezar a trabajar anualmente), mejorar el nivel de vida de la población y establecer condiciones nuevas para el desarrollo, basado en recursos propios. Sus objetivos son los siguientes: se desea alcanzar una tasa del 7% acumulativo del crecimiento anual y elevar el ingreso per cápita de 96 a 167 dólares a fines del decenio. Con su aplicación total se alcanzarían, como mínimo indispensable 2.400 calorías y 65 gramos de proteínas contra 1.800 y 52, respectivamente, que se consumen hoy; nueve metros anuales de tela por persona en lugar de 4.4; 0.85 pares de calzado en lugar de 0.71; 2 dólares de productos farmacéuticos en vez de un dólar. Se preve la construcción de viviendas, escuelas y otros servicios sociales y se busca la migración masiva del grueso de la población altiplánica a nuevas áreas más productivas. Con todo ello sin duda se habrá elevado el bienestar del pueblo, pero la gran diferencia, el abismo cada vez mayor que separa a los pueblos subdesarrollados de los altamente industrializados, no habrá sido disminuido. Pensad solamente en que el pueblo norteamericano tiene un ingreso medio de 2.400 dólares anuales y todo lo que de momento pretendemos los bolivianos es elevar el nuestro a 167 dólares. Pensad por otra parte, en que para conseguir la realización de los objetivos que

nos proponemos, requerimos dinero para la financiación de los programas. Esta es la tragedia del subdesarrollo; los pueblos pobres como tales, no tienen por su propia pobreza los medios para salir de ella. Y parece que nuestro mundo estuviese conducido por un camino de total contradicción; los pueblos ricos siguen siendo más ricos en orden a su economía y los pueblos pobres son cada vez más pobres. Actualmente las posibilidades de inversión son de una a 250, es decir en los países subdesarrollados hay un dólar por persona para la inversión contra 250 que existen en las naciones de alto desarrollo. Hay economistas que analizando la fría lógica de las cifras han vaticinado que dentro de 20 años, si no se cambia el rumbo de las cosas, esa diferencia habrá pasado de 1 a 400.

El gran problema de nuestro tiempo, como ya lo tengo dicho, es el problema de esos dos tercios de la humanidad que padecen frío, hambre y enfermedades. Felizmente las grandes potencias van dándose cuenta de sus graves responsabilidades. Creo que actualmente todos entendemos que la seguridad internacional y el porvenir mismo de las grandes potencias están irremediablemente soldados al destino de las naciones subdesarrolladas. La mentalidad con que se encarán los negocios internacionales parece también obedecer a esta cuestión, es por ello que la cooperación se la comprende cada vez más como fruto de necesidades mutuas entre cooperados y cooperadores y no como el resultado de consideraciones sentimentales sobre política internacional. Puedo afirmar un punto de vista más. Aquella o aquellas potencias que tengan la capacidad y la sensibilidad necesarias para tomar el pulso de la historia y encontrar la fórmula más práctica para vencer el subdesarrollo, pronto y con un sacrificio menor, habrán ganado en la actual competencia entre occidente y oriente.

Permítaseme abrir un pequeño paréntesis en esta exposición para referirme a las tendencias aislacionistas que existen en este país y que en los últimos tiempos parecen haber perdido bastante terreno. El aislacionista, comúnmente, tiene la psicología del avestruz. Por temor a las dificultades externas esconde la cabeza en la tierra, preten-

diendo de ese modo ignorarlas. Un mundo como el nuestro donde los vecinos se acercan cada vez más, donde una ligera oscilación en la bolsa de valores de Nueva York repercute desde Alaska a la Patagonia; un mundo cada vez más integrado e interdependiente, no puede tener hombres que buscando soluciones honestas se encierren en sus fronteras nacionales, tratando de convertir sus límites en murallas de un castillo feudal. Hoy la contienda entre oriente y occidente, lucha que se libra con armas ideológicas, culturales, políticas y económicas, está realizándose en ese amplio campo formado por los dos tercios de la humanidad que han recibido el nombre de países subdesarrollados y el aislacionista resulta en esta batalla no solamente un tonto sino un verdadero desertor.

Y ahora que hablamos de política internacional, quisiera decir muy brevemente lo que en América Latina se piensa sobre la Alianza para el Progreso. Se trata de un intento de superar las actuales condiciones de pobreza de la América Latina y en consecuencia tiene un gran significado histórico. Las dificultades y los peligros provienen de los que con la rudimentaria lógica de un almacenero son incapaces de comprender ese significado histórico.

Algún dirigente democrático de Centroamérica dijo que Alianza para el Progreso había llegado con 10 años de atraso. Aunque el juicio sin duda es pesimista, este programa de cooperación internacional puede realmente convertirse en el dinámico instrumento que requiere el progreso latinoamericano si se eliminan algunas fallas de contenido y forma.

Permítaseme señalar cuales son a mi juicio dos fallas en el contenido de Alianza para el Progreso. En primer lugar, es necesario que los programas de cooperación internacional se adecúen más, se sensibilicen para captar la realidad concreta de cada país. Hay unos problemas más importantes que otros en cada país y creo que solamente viendo con los ojos y pensando con la filosofía del propio país se podrá indicar cuáles son los problemas que deben ser resueltos en primer término.

En segundo lugar, es necesario que Alianza para el Progreso ponga mayor énfasis en la industrialización, pues está

definitivamente comprobado que la agricultura y otras formas de explotación primaria de los recursos no son bases sólidas para desarrollar la economía moderna.

En orden a los aspectos formales y procedimentales la Alianza para el Progreso debe flexibilizarse, se deben simplificar los trámites, agilizar los mecanismos de financiamiento y de aprobación de los programas. En suma lo que hace falta, como expresara el presidente Kubitschek de Brasil, es que se supriman los excesos de la burocracia y el papaleo.

No se debe perder de vista que Alianza para el Progreso ha despertado esperanzas y que el peligro de una frustración tendría consecuencias incalculables. Los Estados Unidos están en una carrera contra el tiempo, y lo que hagan o dejen de hacer tendrá decisiva importancia para el futuro americano y humano.

Es tema para meditaciones profundas el relativo a las relaciones entre los pueblos latinoamericanos y los Estados Unidos. Esta es una cuestión que ha sido ardorosamente discutida. Sea cual fuere el resultado del pasado, creo que al presente la verdad es una: los Estados Unidos tienen deberes que derivan de su alta posición mundial para con los pueblos que están al Sur del Río Grande. Mientras más pronto el pueblo norteamericano se da cuenta que los programas de cooperación de los Estados Unidos para la América Latina no son el producto de consideraciones meramente humanitarias, tanto más pronto se habrá logrado un clima positivo de relaciones políticas y psicológicas dentro del cual la cooperación norteamericana será definitivamente efectiva. Es necesario que el poderío norteamericano se comprenda en su verdadero significado, es decir como resultado del empleo de las materias primas de América Latina.

He hablado de lo que es mi país, me he referido a sus montañas, sus campesinos y mineros y sus obstinadas ansias de progresar rompiendo el terrible círculo de la pobreza y el atraso. Lo que deseamos de los norteamericanos es que nos entiendan tal como somos, recordando que las buenas amistades no tienen otro cimiento que el de la com-

prensión. Los Estados Unidos para nosotros, los latinoamericanos, no solamente constituyen una serie de abstracciones económicas un tanto abstrusas para la comprensión del hombre común, representan también un aporte cultural del más alto valor. No creo exagerar al decir que viene surgiendo un nuevo humanismo en los Estados Unidos, pese a su maquinismo, a los ritmos agobiadores de su activa existencia, pese a la gran ciudad y al desarrollo técnico tan impresionante. Y hablo de un nuevo humanismo porque en su arte hay una dirección definitiva en ese sentido y en su política y vida social también vienen apareciendo indicios auspiciosos. Los latinoamericanos, respondiendo a las viejas raíces de la latinidad y aquellas otras que nos vienen desde el corazón de nuestros pueblos indígenas, deseamos ser comprendidos en lo que realmente somos; queremos progreso económico pero sin sacrificar la independencia y libertad de nuestros pueblos. Detestamos las dictaduras del tipo que sean. Gustamos del confort y de lo moderno, pero no queremos despegarnos de nuestras tradiciones. Nos gusta la cultura de los demás, pero no queremos que nos la impongan. Somos irritables y a veces violentos, pero somos afectuosos y sinceros con el amigo. Somos orgullosos y un poco tercos y es necesario que los norteamericanos se ajusten a esta psicología. Hay cosas que nos producen un mal-estar profundo como la discriminación racial o religiosa y por eso se las debe suprimir pronto y totalmente. No queremos que América Latina sea el socio menor de los Estados Unidos, deseamos que se considere siempre y en todo momento que somos amigos con iguales derechos y obligaciones. El norteamericano medio es un hombre que tiene virtudes muy respetables; es sencillo, trabajador, parco en palabras, sincero. Los latinoamericanos creo que somos algo más complejos y no deben tratar de comprendernos sin intentar ponerse en nuestro lugar. Los autores del Americano Feo lo han dicho casi todo. En todos nuestros países siempre hay muchos americanos feos a los que, sinceramente respetamos y estimamos. Pero sobre todo nos hace falta una cosa, hablar entre nosotros un poco más detenida y largamente. Un autor dijo que si los hombres se toma-



sen la molestia de sentarse 5 minutos cada día en el banco de algún parque público para meditar sobre el problema humano, desaparecerían los conflictos y sobrevendría la paz entre los pueblos. Este pensamiento se me viene al recuerdo porque algunas graves situaciones por las que atraviesa América se habrían evitado si los hombres influyentes de los dos hemisferios se hubiesen parado a meditar en el siguiente paso. Es forzoso reconocerlo; hay una revolución en la América Latina y Bolivia, cuya realidad ha sido tan poco estudiada, no es más que una de las expresiones más pacíficas de esa Revolución. Si las aguas de un río se han desbordado es porque largo tiempo estuvieron contenidas por algún obstáculo que obstruyó su cauce, sería tonto tratar de contenerlas oponiendo defensivos frontales. Creo que lo sabio sería ver la forma de encauzarlas de modo que no se produzca destrucción; es decir, debieran buscarse nuevos cauces para las turbulentas y vigorosas corrientes latino-americanas.

